

MATERIALES Y TECNICAS EN EL ARTE MUDEJAR DE LA MORAÑA

MARIA TERESA SANCHEZ TRUJILLANO

La Moraña es la llanura que ocupa algo ménos de la mitad norte de la provincia de Avila y limita al sur con el terreno granítico de la Sierra. Es una tierra arcillosa dedicada al cereal y otros cultivos extensivos, con algunas zonas de pinares al sur de Arévalo.

De los materiales característicos de la arquitectura mudéjar, en la Moraña encontramos ampliamente representados el ladrillo, la mampostería y la madera. La yesería apenas nos ha dejado cuatro ejemplos en toda la región (1) y la piedra, tan abundante en torno a Avila y en la Sierra de Gredos, sólo la hemos visto en sillares bien aparejados en los zócalos de algunas iglesias y torres, como los de San Nicolás de Madrigal o la iglesia de Adanero, o en las arquerías interiores en las de la época de los Reyes Católicos. Así pues los materiales mudéjares de La Moraña son:

LADRILLO

El ladrillo es de forma rectangular, de longitud doble a su anchura y de unos 3,4 a 4 cm. de grosor, aparejado con argamasa de color blanco y aplicada en uniones horizontales del mismo grosor que el ladrillo. En las fábricas barrocas en ladrillo, muy abundantes igualmente en la región y a veces completamente integradas en las medievales, el ladrillo se dispone apretadamente sin notarse las líneas de argamasa.

El uso del ladrillo se reduce fundamentalmente a las cabeceras, arcos y bóvedas y en menor medida a las torres, pues los muros de las naves de las iglesias son de mampostería y sólo encontramos grandes lienzos de este material en el castillo de Arévalo y en las iglesias de San Nicolás de Madrigal y de Flores de Avila, fechables en el siglo XV (2).

Las iglesias medievales de La Moraña son de planta basilical, con una o tres naves, y ábside único o triple, sin que las iglesias de tres naves lleven necesariamente tres ábsides.

(1) SANCHEZ TRUJILLANO, M.^a T., «Yeserías mudéjares de La Moraña. II Jornadas de Cultura árabe e islámica, Madrid, 1983 (en prensa).

(2) TORRES BALBAS, L., *Arte almohade, nazarí y mudéjar*. Madrid, Plus Ultra, 1949. *Ars Hispaniae* IV, pág. 342.

Por lo general la parte más antigua y mejor conservada de las iglesias es el ábside, hecho de gruesos muros de ladrillo y formado por tramo semicircular y tramo recto, que se decora en uno y otro con arquerías ciegas de medio punto de dos o más arquivoltas, cuyo vano puede ser de ladrillo o de mampostería y en este caso habitualmente va encalado ofreciendo un fuerte contraste cromático que contribuye a resaltar la importancia de la cabecera. Tan sólo las parroquias de Barromán y Vega de Santa María poseen ábsides lisos, sin arquerías, siendo el primero un caso excepcional de cabecera única que encierra en su interior tres ábsides semicirculares con su correspondiente tramo recto, y la torre sobre ellos.

En las iglesias más antiguas (siglos XII y XIII) la arquería es única de 5, 7, 9 ó 11 arcos en el tramo curvo ocupando toda la altura del ábside aunque descansa en un basamento o zócalo liso. A este tipo pertenecen las de Santo Domingo y el Lugarejo de Arévalo (3), El Villar de Matababras, Blasconuño de Matababras, Donvidas, Orbita, Pedro Rodríguez, Constanzana y Fuentes de Año, de un total de 20 iglesias con arquerías ciegas en el ábside. Aunque es muy difícil establecer una cronología precisa para estas iglesias por la continuidad y repetición de las formas, consideramos de época más avanzada, dentro del pleno gótico, los ábsides con arquerías superpuestas en dos o tres hileras aunque la más alta en alguna ocasión se ha convertido en recuadros rectangulares, como en el caso del ábside central de San Nicolás de Madrigal, con tres hileras superpuestas de siete arcos ciegos, rematada la superior con un friso de esquinillas sobre la que descansa una fila de recuadros.

La superposición de arquerías se hace sin división de cornisas o impostas entre una y otras —San Nicolás y Santa María de Madrigal, San Juan de Arévalo, San Cristóbal de Trabancos, Bernuy de Zapardiel, Cantiveros— pero no siempre coinciden los apoyos de los arcos en una sola línea vertical, sino que a veces se disponen las arquerías descansando sobre las claves de los arcos inferiores buscando un efecto de imbricación —Cantiveros y Madrigal—. De todo el grupo de iglesias que estudiamos con arquerías ciegas en el ábside, sólo la de Narros del Castillo introduce una imposta como división horizontal entre los arcos pero sin continuidad a lo largo de toda la arquería, sino que el ábside queda dividido por machones de ladrillo que alcanzan la altura entera de la cabecera, y entre ellos se superponen dos arcos separados entre sí por la imposta de ladrillo.

Los tramos rectos de los ábsides nos ofrecen menos ejemplos que los curvos porque o no se decoraron con arcos —El Villar de Matababras, Constanzana y Bernuy de Zapardiel— o éstos no se ven ocultos por construcciones añadidas posteriormente (torres, sacristías, capillas) —Santo Domingo y San Juan de Arévalo, San Nicolás de Madrigal, Blasconuño de Matababras, Cantiveros, Fuentes de Año y Fuente el Sáuz—. Sin embargo en los que se conservan podemos observar mayor número de impostas o divisiones horizontales, posiblemente por la facilidad de aparejar el ladrillo sobre una superficie lisa. En este caso, los ábsides con una sola arquería alcanzando toda la altura en el tramo curvo, la repiten en el recto: El Lugarejo con tres arcos, Dovidas con tres, Orbita con tres y Pedro Rodríguez con cuatro. También repiten el número de hileras los que se decoran con varias arquerías: Santa María de Arévalo con tres hileras de tres arcos cada una recuadrados; Santa María de Madrigal con tres hileras de vanos, recuadrada la inferior; Palacios Rubios y San Cristóbal de Trabancos con el mismo número y recuadrados; y Narros del Castillo con dos filas de 3 arcos, recuadrados.

(3) Según HOMEZ MORENO, *Catálogo monumental de la provincia de Avila*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1983. Tomo I, págs. 277 y ss. El Monasterio de El Lugarejo, La Lugareja o Gómez Román, que de las tres formas se llama, fue fundado en 1178 y según la tradición lo hicieron los hermanos Gómez y Román Narón para monjas bernardas.

Tampoco podemos reseñar demasiados ejemplos de arquerías en el interior de los tramos curvos de los ábsides, bien por carecer de ellas, bien por haber desaparecido tras las grandes fábricas de los retablos barrocos u otras reformas. No obstante, el tipo de arquería en el interior de las iglesias no responde ni al módulo ni a la cantidad de arcos que se ven en el exterior en ninguno de los casos conservados, pues se limita a una sola fila de arcos —únicamente el ábside central de Santa María de Madrigal tiene dos—, en menor número que en el exterior y apoyados y rematados por frisos de ladrillos en esquinilla. A este esquema pertenecen los interiores de Santa María de Arévalo, El Lugarejo, Santa María de Madrigal, el ábside izquierdo de Barromán y Fuentes de Año.

En mayor medida nos han llegado las arquerías de los tramos rectos, aunque en muchas ocasiones modificadas por cornisas y otros elementos de los siglos XVI-XVII. El tramo recto se divide por lo general en dos mediante arcos fajones y en cada uno de los lienzos laterales resultantes se adorna con un arco ciego, de medio punto, con arquivoltas alcanzando toda la altura. Así lo hacen Santa María de Arévalo, Adanero, Palacios Rubios, y Santa María de Madrigal en su ábside izquierdo, y se limitan a un solo arco, puesto que no hay divisiones en tramos, Blasconuño de Matababras (apuntado) y San Cristóbal de Trabancos. Excepcionalmente, Orbita reproduce dentro de los tres altos arcos del exterior, pero cobijados bajo otro mayor de medio punto, y San Miguel de Arévalo, que tienen cabecera cuadrada y en sus muros externos no ofrece arquerías ciegas más que en el testero, muestra en los costados interiores tres arcos de medio punto con sus arquivoltas.

Las bóvedas son otro de los elementos arquitectónicos donde el uso del ladrillo es prioritario, sustituido tan solo en algunos casos por sillarejo menudo.

El mudéjar moraño utiliza las bóvedas para los ábsides de las iglesias y la división en pisos de sus torres, dejando los techos de madera para las naves.

En las cabeceras absidiales usa la bóveda de horno para el tramo curvo y para el recto la de cañón siendo apuntado en Blasconuño de Matababras, Palacios Rubios y Narros del Castillo. Las iglesias del Ajo y Mancera de Arriba, cuyas cabeceras se encuentran en el interior de torres fuertes de carácter militar, y San Miguel de Arévalo, también se abovedan en esta parte con cañones apuntados.

Los tramos centrales de crucero no son frecuentes en este grupo de edificios pero los tienen La Lugareja, Blasconuño de Matababras y Fuentes de Año aunque les falten los correspondientes extremos. Lo que encontramos en ambos casos son cúpulas sobre pechinas y arcos torales apuntados ocupando un espacio cuadrado delante del ábside semicircular. La cúpula de La Lugareja se levanta además sobre una arquería ciega del mismo tipo de las de la catedral de Zamora y Salamanca y la colegiata de Toro.

También La Lugareja contiene aún otro tipo de bóveda pues los ábsides laterales se prolongan en un tramo más de aristas para igualar la longitud total del central.

Todas estas bóvedas interiores están revocadas y pintadas pero en la nave izquierda de La Lugareja se conserva (al menos hace unos años) el ladrillo visto, lo que nos permitió observar su disposición puesto de canto ofreciendo siempre el lado más largo y comprobamos la misma disposición en las bóvedas de las torres.

Las torres contienen un buen repertorio de abovedamientos, incluso dentro de un solo ejemplar. Son de planta cuadrada y se dividen horizontalmente en tres o cuatro pisos totalmente ciegos o con pequeños huecos de iluminación a modo de saeteras pero sin ningún realce arquitectónico o decorativo, de modo que al exterior no ofrecen más que los muros lisos. El único cuerpo de vanos es el último, el campanario, que se abre por lo general con dos arcos por cada cara y en algunos casos en otro cuerpo más, esta vez retranqueado. El remate de las torres sobre este cuerpo

de campanas debía ser originariamente en terraza y así se conserva en las dos de San Martín de Arévalo, donde se ve con claridad la inclinación del suelo para permitir la salida del agua de lluvia, o en sencillo tejado a cuatro aguas. Sin embargo a la mayoría se las ha añadido en el siglo XVII o después un chapitel barroco —Santo Domingo, San Juan y el Salvador de Arévalo, San Nicolás y Santa María de Madrigal, Moraleja de Matababras, Adanero—.

Los pisos van cubiertos con bóvedas de cañón o cañón apuntado pero hay también cúpulas sobre trompas en el primer cuerpo de la del Salvador de Arévalo y en el campanario de Santa María de Madrigal, y aristas en el primero de la Torre de los Ajedreces de San Martín y en el segundo de Moraleja de Matababras. También hay subdivisiones por medio de techos de madera, como en la de Rasueros. Los accesos entre los pisos se hace mediante escaleras de madera —primeros pisos de San Juan y San Miguel de Arévalo y en Rasueros— y más frecuentemente por estrechas escaleras de fábrica practicadas en el grosor de uno de los muros y cubiertas con cortos tramos de cañón que se va escalonando para ganar altura. La escalera de caracol aparece excepcionalmente en la torre de Flores de Avila, fechable en el siglo XV y los demás ejemplos parecen muy tardíos —Blasconuño de Matababras, Cabezas de Alambre—.

La decoración de las torres se reduce a los tramos del cuerpo de campanas, que siempre son de medio punto, enmarcados por alfiz y rematados con frisos de esquinillas en los ejemplos más antiguos, y eliminando estas en los del siglo XIV y XV e incorporando algún motivo característico de decoración gótica tardía, como bolas —Donjimeno—, o cordones —Moraleja de Matababras—, hechos en ladrillo aplanillado y adornando la rosca o el trasdós de los huecos. Son únicas la Torre de los Ajedreces de San Martín de Arévalo y la de Rasueros, con decoración de arquerías superpuestas, de distinto tipo de arco y módulo, desde su base hasta su coronación.

En el interior de las iglesias los únicos elementos construidos en ladrillo son las arquerías de división de las naves, formadas por una sucesión de arcos apuntados, y con alfiz, sobre pilares de esquinas achaflanadas —San Nicolás de Madrigal, Horcajo de las Torres, Narros de Saldueña, Fontiveros—. A partir del siglo XV estas arquerías son sustituidas por un solo arco de gran luz, abarcando la longitud total de la nave, con la rosca de piedra y decorada con rosetas o bolas de la época de los Reyes Católicos —San Miguel de Arévalo, Fuentes de Año, Vega de Santa María, Adanero—, aunque su misión sigue siendo la de separar las naves y sostener las armaduras de cubierta.

Y en los muros exteriores se construyen igualmente de ladrillo las puertas de ingreso, en arco de medio punto —San Miguel de Arévalo, Castellanos de Zapardiel, Pedro Rodríguez, Flores de Avila— o apuntado —Blasconuño de Matababras, Horcajo de las Torres, Moraleja de Matababras, Palacios Rubios, Adanero, Orbita, Espinosa de los Caballeros, Fontiveros—, con arquivoltas, enmarcado por alfiz y con un friso de esquinillas como remate superior. Apuntados y enmarcados por alfiz tan solo son las portadas de San Nicolás de Madrigal, San Esteban de Zapardiel, Nava de Arévalo, Donjimeno y Constanzana.

MAMPOSTERIA

La mampostería en La Moraña es el material preferido para la construcción de grandes lienzos. La piedra empleada es menuda caliza local que a veces llega a constituir un sillarejo regularmente aparejado. En cambio no se utiliza el tapial ni el adobe, dejando estos materiales tan pobres para pequeñas divisiones en el interior de las iglesias —trasteras que luego se encalan— o cerramientos de corral.

En las obras más antiguas —siglos XII, XIII y XIV— la mampostería se dispone en largas y estrechas bandas alcanzando la anchura total del muro, separadas por dos o tres hiladas de ladrillo con el mismo grosor en los tendeles de unión, y refuerzos del mismo material en las esquinas.

A este tipo pertenecen San Juan, San Miguel y Santa María y la Torre Nueva de San Martín de Arévalo, la torre de Santa María de Madrigal, las naves de Blasconuño de Matababras, Narros del Castillo, Fontiveros, las cabeceras de Barromán y El Bohodón, las torres de Castellanos de Zapardiel, Palacios de Goda y Villanueva del Aeral y las iglesias de Sinlabajos y Espinosa de los Caballeros.

Suponemos que a partir del siglo XV empezaron a emplearse las cajas de mampostería entre machones de ladrillo, pues la armadura de San Pedro del Arroyo, fechable por sus escudos a mediados de ese siglo, apoya sobre muros de tales características, que van a continuar hasta el siglo XVIII.

De esta forma se construyeron las iglesias de Castellanos y San Esteban de Zapardiel, Horcajo de las Torres, Palacios de Goda, Villamayor, Muñomer del Peco, Nava de Arévalo, San Vicente de Arévalo, Donjimeno, Narros de Saldueña, Morañuela, Las Berlanas, Gotarrendura, Monsalupe, Pozanco, Santo Domingo de las Posadas, Magazos y Villanueva del Aeral. Otras muchas quedan sin comprobar por hallarse revocadas.

MADERA

La forma de cubrir las naves de las iglesias mudéjares de La Moraña fue siempre la armadura de madera, aunque desgraciadamente muchas de ellas han sufrido reformas en época barroca sustituyéndolas por bóvedas encañonadas de ladrillos puestos de plano, por encima de las cuales a veces queda algún resto del desaparecido techo. Otras veces la propia caducidad del material (goteras, incendios) obligó a renovar las techumbres con igual o mejor empeño o con pobres recursos locales. Así encontramos armaduras fechadas en el siglo XVIII que no han perdido nada de la técnica constructiva y decorativa mudéjares, o sencillos techos de madera escuadrada imposibles de fechar o catalogar estilísticamente por la ausencia total de elementos cronológicos.

También debemos reseñar que el uso de los techos de madera no se limita en Avila a la zona de arquitectura mudéjar, sino que se extiende por toda la provincia incluso en la Sierra, cubriendo edificios góticos y renacentistas de sillería bien aparejada.

A pesar de todo, del rico conjunto que nos ha llegado podemos decir que las naves únicas o centrales se cubren con armaduras de sección poligonal, las laterales con colgadizos y los sotocoros con techos planos.

La armadura de par e hilera es la más frecuente de las obras de carpintería popular de difícil datación y las únicas que pueden fecharse son las de la ermita de Nuestra Señora del Parral, en la localidad del mismo nombre y las del crucero de Monsalupe, apeinazadas y decoradas con jaldetas y dientes de sierra, de los siglos XVI-XVII.

Más abundantes son las de par y nudillo con las que se techan las naves centrales de Hernas ancho, Blascos ancho, Constanzana, Morañuela, Gotarrendura, Monsalupe, El Oso, Crespos y Fuente el Sáuz, y las tres de Fontiveros. La de Crespos está rehecha aprovechando los tirantes y los canes de una pintada con cardina y escudos del siglo XV. De la misma época es la de Fuente el Sáuz con todo el repertorio de fines del gótico, y ya al siglo XVI pertenece la carpintería central de Fontiveros, con un dibujo de hexágonos en el almizate y de espiga en los faldones, pues las laterales se rehicieron después del incendio que sufrió la iglesia en 1644, con jalde-

tas y dientes de sierra. Las de Constanzana son de lazo de ocho ataujerado en la cabecera, y de jaldetas en la nave, y la de Blascosancho de estrellas de ocho puntas escavada en la tablazón; las demás se decoran con jaldetas y dientes de sierra, del siglo XVII-XVIII.

Sin embargo de las que nos ha llegado mayor número es de gran artesón o de limas cubriendo naves centrales o cabeceras. Son rectangulares las de la nave central de San Nicolás de Madrigal, Flores de Avila, San Pedro del Arroyo, Aveinte, Muñogrande, Vega de Santa María, Langa y las de la cabecera del Oso, Castiblanco y Pozanco, y el sotocoro de las Berlanas, aunque a esta le falta el lado largo que da a la nave; ochavadas son la central de Horcajo de las Torres, Adanero, Gutierrezmuñoz, Narros del Castillo, Muñosancho, San Juan de la Encinilla, la cabecera de Narros de Saldueña, y las del crucero de Las Berlanas. También ochavada era la de San Miguel de Arévalo, desaparecida y sustituida por un cielo raso, pero de la que quedan las trompas decoradas con lacería en las esquinas, y cuadradas las de la cabecera de Albornos, pintada en el siglo XV, y de Canales con lazos de ocho y crucetas.

Pero de todo el grupo, ofrecen mayor riqueza ornamental las octogonales, sobre cabeceras y cruceros, no por su forma regular, sino por el lugar de honor que ocupan en la iglesia. Son de lacería ataujerada las de Villamayor, de estrellas de diez puntas, del siglo XV, y la del crucero de San Nicolás de Madrigal de lazos de doce sobre un friso de mocárabes, del siglo XVI.

Los techos planos se utilizan preferentemente para sotener los coros altos y así encontramos alfarjes en los sotocoros del Villar de Matababras, Castellanos de Zapardiel, Sinlabajos, El Ajo San Juan de la Encinilla, Peñalva de Avila, Monsalupe, Vega de Santa María y Pozanco. Pero también se conserva un pequeño alfarje en la antigua cabecera de Barromán y sobre el coro de Vega de Santa María, y la nave central de Collado de Contreras se cubre con una armadura de este tipo, de jaldetas, apoyada en arquerías de piedra con capiteles platerescos. La decoración en la mayoría se limita a las jácenas surcadas por gramiles o talladas con motivos imbricados de gran volumen.

Más raros son los tajeles, pues sólo poseen los coros de Narros del Castillo y Cantiveros, a base de estrellas de diez puntas entrelazándose por toda la superficie e intercalando racimos de mocárabes en el primero y piñas en el segundo. Sobre frisos de motivos renacentistas.

Igualmente excepcionales son los artesonados, pero los ejemplos llegados hasta nosotros son de extraordinaria riqueza. Uno de ellos es el arco casetonado que separa el crucero de la nave central en San Nicolás de Madrigal, con motivos clásicos del siglo XVI.

En el coro de esta misma iglesia se conservan restos de un gran artesonado de casetones hexagonales llenos de talla renacentista y pintados de blanco, de los que desconocemos su procedencia, usados como frontales de la sillería.

También el sotocoro de Blascosancho es un artesonado de hexágonos con rico y variado repertorio de haces de acantos tallados, del siglo XVI, y el de Moraleja de Matababras a base de casetones triangulares con motivo de escamas en su interior.

Pero los coros muestran también obra de carpintería de gran desarrollo en los frentes, organizándose como una superposición de bandas decorativas en las que apoya la barandilla de barrotes de madera. En ellos los frisos de mocárabes y las cenefas clásicas se conjugan en pleno siglo XVI. Pero además en las esquinas desarrollan en ocasiones apoyos o mensulones triangulares con el centro casetonado o con tema de lacería. A este grupo pertenecen los frentes de coro de Santa María de Arévalo, Moraleja de Matababras, Hernansancho, Blascomillán, Cantiveros, Nava de Arévalo, Pedro Rodríguez, Narros de Saldueña, Muñosancho, Las Berlanas, El Oso y Vega de Santa María.

La decoración de todas estas obras de carpintería es variadísima y permite su datación. Las armaduras más antiguas del grupo están pintadas, pero por la misma razón son también las menos numerosas y las que peor se conservan, quedando de ellas en muchos casos sólo restos reutilizados en las estructuras de los tejados.

Los más antiguos de estos son tres fragmentos de alicer que se conservan en San Nicolás de Madrigal, estructurados en arcos mixtilíneos con figurillas de damas y caballeros, de cuerpo entero o solo de busto, bajo ellos, del tipo de las del claustro de Silos o de las de Curiel de los Ajos (4), fechables como ellas en el siglo XIV.

A parte de este caso de temática figurada sólo la techumbre de San Pedro del Arroyo la repite, esta vez con una serie de apóstoles y profetas con su correspondiente nombre, de medio cuerpo a lo largo del arrocabe, de mediados del siglo XV por los escudos que muestra en las tabicas (5), y, aunque de carácter bastante más tosco, el arrocabe de la cabecera de Albornos también ofrece grandes caras de personajes entre los pares.

Pero la decoración pintada más abundante del mudéjar moraño es la cardina u hojas de cardo enroscadas y picudas con largos tallos, coloreada en verde y sombreada con negro sobre fondo rojo. De este tipo son los motivos del arrocabe y los tirantes de San Pedro del Arroyo, la sillería de San Nicolás de Madrigal (6) y los restos de San Juan de Arévalo, Crespos, Viñegra de Moraña, Flores de Avila y Fuente el Sáuz, todos del siglo XV.

En algunas ocasiones la cardina pintada se combina con la lacería —apeinazada o ataujerada— ocupando los espacios poligonales entre los lazos o el arrocabe, como en la cabecera de Villamayor.

También es abundante la labor de claraboyas que llena los menados de los paños de San Pedro del Arroyo y los guardapolvos de la sillería de Madrigal, y de la que nos ha quedado alguna tabla de Sigeres.

Los escudos debieron ser igualmente frecuentes pues aparecen en las obras que nos han llegado enteras. La armadura de San Pedro del Arroyo contiene cinco, de los que hemos podido reconocer el de Don Pedro de Valderrábano (+ 1492) y Don Nuño González del Aguila (+ 1467), y la sillería de Madrigal muestra los de Don Beltrán de la Cueva (+ 1492) y su segunda esposa Doña Mencía Enriquez con quien casó en 1476. Los tirantes reutilizados en el techo de Crespos se adornan con escudos de Castilla y León en largos medallones lobulados.

No nos han llegado techos enteros pintados en el siglo XVI pero el motivo más utilizado es el de haz de palmetas o de hojas de laurel y los acantos, del primer tercio del siglo. Restos de este tema quedan en Santo Domingo de Arévalo, y la tabla-zón entre los pares de la armadura central de Adanero se llena con un motivo del mismo estilo alternando con jarrones y acantos picudos en disposición simétrica.

El otro gran tema decorativo es la lacería, apeinazada llenando el almizate de los techos y prolongando sus cintas por los faldones, o ataujerada llenando la totalidad de los paños sin líneas de división entre ellos.

Tienen un solo lienzo de lacería de ocho ocupando el almizate los techos de Canales, Muñosancho, Las Berlanas, Palacios de Goda, Hernansancho, Vega de Santa María y Langa, y el frente del coro de Hernansancho y Las Berlanas, y formando

(4) TORRES BALBAS, L., *Op. cit.*, pág. 355. PAVON MALDONADO, B., *Arte Mudéjar en Castilla la Vieja y León*. Madrid, 1975, pág. 67.

(5) SANCHEZ TRUJILLANO, M.^a T., «La techumbre mudéjar de San Pedro del Arroyo». *II Simposio Internacional de Mudejarismo*, Teruel, 1981.

(6) SANCHEZ TRUJILLANO, M.^a T., «La sillería mudéjar de San Nicolás de Madrigal de las Altas Torres». *Cuadernos de la Alhambra*, n.^{os} 15-17, 1979-1981, págs. 249 y ss.

(7) PAVON MALDONADO, *Op. cit.*, págs. 74 y 75.

cuatro o más grandes estrellas de doce o dieciséis puntas, realizadas con piñas de mocárabes los almizates de Horcajo de las Torres, Narros del Castillo y San Juan de la Encinilla.

La lacería ataujerada usa la estrella de ocho o diez puntas, prolongándose en una tupida red de polígonos que llena totalmente el espacio. Así son las de San Nicolás de Madrigal, Villamayor, Narros de Saldueña, Gutierremuñoz, Constanzana y los sotocoros de Cantiveros y Narros del Castillo.

Los mocárabes se usan en forma de piñas para acentuar los grandes sinos apeinazados o marcar las estrellas madres en los techos ataujerados, pero también aparecen en forma de frisos, seguidos o escalonados en los frentes de los coros alternando con motivos medievales —Santa María de Arévalo—, o renacentistas —Moraleja de Matababras, Cantiveros—.

Los espacios poligonales resultantes de la lacería se llenan en los techos más ricos de cardina u otros motivos vegetales tallados del siglo XV o rosetas y acantos del siglo XVI, pero la decoración renacentista de mayor relieve y desarrollo son bandas paralelas y superpuestas de ovas, contarios, palmetas, acantos, arquillos, motivos sogueados o de trenza, y rosetas, que corren a lo largo de todos los arcos —San Juan de la Encinilla, Narros del Castillo, Fontiveros, Horcajo de las Torres, Palacios de Goda, San Nicolás de Madrigal, Vega de Santa María— y frentes de coros del siglo XVI —Moraleja de Matababras, Blascomillán, Cantiveros, Nava de Arévalo, Pedro Rodríguez—.

Por último, no podemos dejar de citar, aunque sea ya muy tardía, una decoración muy característica del siglo XVIII a base de exvásticas curvas, flores y estrellas de seis pétalos y otros símbolos solares, pintados en negro en los huecos dejados por la lacería de ocho. El ejemplo mejor conservado es el de la sacristía de la antigua iglesia de Las Berlanas y de la cabecera de la Ermita de Las Angustias del mismo lugar, pero hay otros más al sur o restos de que los hubiera en los alrededores.

YESERIAS

Al contrario que en otras zonas donde es frecuente el uso de las yeserías enmarcando arcos o en púlpitos, en La Moraña sólo hemos visto un arco y tres retablos hechos de este material.

El ejemplo más antiguo es el intradós del arco triunfal de Donjimeno, decorado con hexágonos y estrellas de cuatro puntas entre ellos, realizados unos y otros con piñas de gran bulto, en un dibujo similar al del artesonado de Peñaranda de Duero del primer tercio del siglo XVI.

Los tres retablos, en las iglesias de Horcajo de las Torres, Palacios de Goda y Donjimeno, están formados por un arco entre pilastras o columnas y rematados por frontón, de clara estructura clásica de la segunda mitad del siglo XVI, pero el espacio entre el vano central y los soportes de los extremos se llenan de un apretado tema de lacería de estrellas de ocho puntas y cruceta. El desarrollo del motivo se ve con mayor claridad por estar pintados los fondos en tonos oscuros (rojos, verdes o azules) de manera que las líneas matrices destacan en blanco.